

843  
D.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Pa 2227  
285  
56  
V.1

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEX

## LUIS XV

### CAPÍTULO PRIMERO

Dos palabras de recuerdo acerca del joven rey. — Lo que pasó cuando murió el duque de Orleans. — Cómo Mr. de Borbón fué nombrado primer ministro. — Su origen. — Su retrato físico y moral. — La duquesa, madre del duque. — Sus canciones. — Mr. de Charolais. — El rey. — Etiqueta de Luis XV. — Rumores injuriosos al rey. — La moneda falsa de Mad. de Condé. — El alma de Duchaufour.

El sábado 15 de febrero de 1710 despertaron á Luis XIV á las siete de la mañana, esto es, una hora antes que de costumbre, porque la duquesa de Borgoña se sentía con dolores de parto.

Vistióse el rey de prisa y se trasladó á la habitación de la duquesa. No tuvo que esperar Luis XIV en esta ocasión, ó esperó poco á lo mejor.

Á las ocho y tres minutos y tres segundos, dió á luz la duquesa de Borgoña un príncipe, á quien se dió el nombre de duque de Anjou.

El cardenal de Jansón echó el agua del bautismo al

recién nacido, que fué llevado en una silla de manos á las faldas de Mad. de Ventadour.

Mr. de Boufflers y ocho guardias de corps fueron escoltando la silla.

Al medio-día, Mr. de la Vrilliere le trajo el cordón azul, y toda la corte acudió á verle en aquel mismo día.

Este niño que acababa de nacer, tenía ya un hermano primogénito que usaba el título de delfín; como hemos dicho, recibió el título de duque de Anjou.

Ambos niños cayeron enfermos con sarampión el 6 de mayo de 1714, de cuya ocurrencia se dió parte inmediatamente á Luis XIV. Los dos príncipes no habían recibido más que el agua de socorro; y mandó el rey que al momento fuesen bautizados. Mad. de Ventadour quedó autorizada para tomar por padrinos y madrinas á las primeras personas que la viniesen á las manos; debiéndose poner á ambos príncipes el nombre de Luis.

Mad. de Ventadour tuvo en la pila al pequeño delfín con el conde de la Motte.

El duque de Anjou tuvo por padrino al marqués de Prie, y por madrina á Mad. de La Ferté.

El 8 de mayo murió el mayor de los dos niños, y entonces sucedió el duque de Anjou á su hermano, y tomó á su vez el título de delfín.

Á la muerte de Luis XIV, fué Luis XV á Vincennes, de donde le vimos volver á Paris para celebrar el acto de justicia que anulaba el testamento de su abuelo, y hacía regente al duque de Orleáns. Hemos dicho los principios que le daba Mr. de Villeroy, su ayo, su amistad á Mr. de Fleury, su preceptor; su antipatía á Dubois; hemos referido los temores de la Francia, y la ansiedad del duque de Orleáns, cuando una nueva

enfermedad le condujo á la puerta del seputero, y hemos contado, en fin, como la firmeza de Helvecio le salvó la vida.

En seguida asistimos á la declaración de su mayoría, después á su coronación, y últimamente al nombramiento del duque de Orleáns como primer ministro después de la muerte de Dubois. En fin, á la muerte de este último, atacado de apoplejía en los brazos de Mad. de Phalaris, el 2 de diciembre de 1723, La Vrilliere, hijo de Chateauneuf, secretario de estado bajo Luis XIV, el mismo que había escandalizado tanto á la señorita de Mailly, su mujer, cuando ella supo que solamente se casaba con un simple particular; La Vrilliere, que había llegado á ser secretario del consejo de regencia, fué el primero que supo la muerte del duque de Orleáns.

Inmediatamente se dirigió al cuarto del rey, después al de Mr. Frejus, y por último, á casa del duque de Borbón, y pensando que este príncipe podría heredar los títulos de primer ministro, se dió prisa á extender á todo evento el nombramiento, tomando por modelo el del duque de Orleáns.

El obispo de Frejus habría podido desde luego apoderarse del ministerio; aconsejábanselo sus amigos, y acaso él mismo pensó un instante en ello. Pero Mr. de Frejus era un hombre dotado de paciencia y de ambición, reunión rara y que hace que los hombres políticos que la poseen sean tan difíciles de derrocar. Por otra parte, él sabía contentarse con la realidad del poder, dejando á los demás las apariencias; cosa rara todavía. Él creyó que aun no debía manifestar el deseo que más adelante realizó, y fué el primero en declararse por el duque de Borbón, cuya profunda incapacidad conocía perfectamente.

Sabida la muerte del príncipe, se dirigieron todos los cortesanos á palacio, precedidos del duque.

Luis XV estaba muy triste; y en sus ojos encarnados y húmedos, se echaba de ver que había llorado.

Apenas se cerró la puerta después de haber entrado el duque y los cortesanos, cuando el obispo de Frejus dijo en alta voz al rey: que atendida la gran pérdida que sufría con motivo de la muerte del duque de Orleáns, cuyo elogio se encontró hecho en dos palabras, nada más acertado podía hacer S. M. que suplicar al duque, que allí se hallaba presente, tuviese á bien encargarse del peso de todos los negocios, y aceptar el cargo de primer ministro que acababa de vacar por fallecimiento del duque de Orleáns.

El rey miró al señor duque de Frejus, como para leer en sus ojos; después echando de ver que sus ojos estaban de acuerdo con sus palabras, hizo con la cabeza un movimiento aprobando la propuesta.

Inmediatamente dió el duque las gracias al rey. En cuanto á La Vrilliere, transportado de alegría por el pronto resultado de este gran negocio, sacó de su faltriquera el juramento de primer ministro, copiado por el del duque de Orleáns, y propuso en alta voz á Mr. de Frejus que se lo hiciese prestar en el acto.

Mr. de Frejus volviéndose hacia el rey, le dijo que era cosa muy conveniente, y el duque prestó el juramento acto continuo. No bien se hubo evacuado la ceremonia, cuando salió el duque del gabinete. Seguíale la multitud, de modo que una hora después de la muerte del duque de Orleáns y antes que su hijo, que estaba en casa de su querida en París, hubiese tenido noticia del acontecimiento, todo se había concluido.

Consagremos algunas líneas al príncipe á quien La

Vrilliere y Fleury acababan de dar de un modo tan repentino la herencia del duque de Orleáns.

Era hijo de Luis de Borbón Condé, á cuyo padre había dado Luis XIV en 1660 el ducado de Borbón, en cambio del de Albret.

Su madre era aquella espiritual señorita de Nantes, hija de Luis XIV y de Mad. de Montespán, heredera también del talento de los Montmart. Ya hemos dicho dos palabras de las canciones sorprendentes que improvisaba, y ya volveremos á tratar de ella y de sus canciones.

Tenia el duque en la época de que vamos hablando, treinta y un años cumplidos. Era alto y delgado como alma de vizcaino; era cargado de espaldas como un jorobado, tenía las piernas largas y delgadas como de cigüeña, las mejillas hundidas, los labios gruesos y la barba tan caprichosamente puntiaguda que se habría creído, según decía la duquesa su madre, que la naturaleza le había dado aquella barba para agarrarle por ella.

Así pues, como hay un proverbio que dice: que basta que haya algún defecto para agarrarse á él, el señor duque de Borbón, que tenía ya, según queda dicho, un defecto muy grave en la cara, había adquirido una nueva deformidad.

Un día de invierno le convidaron el señor delfín y Mr. de Berry á echar una batida con ellos. Era justamente lunes 30 de enero, y helaba mucho; quiso la casualidad que Mr. de Berry se hallase al extremo de un gran charco de agua helada, al paso que el señor duque se hallaba en la parte opuesta cuando salió una pieza que tiró Mr. de Berry, pero como un grano de plomo resbaló sobre el hielo, fué á dar en un ojo al señor duque, dejándoselo saltado.

El señor duque se resignó bastante con esta desgracia, pero Mr. de Berry jamás pudo consolarse de haber sido autor de esta desgracia involuntaria de que siempre se mostró afligido.

Cuando el príncipe fué nombrado primer ministro, sacaron partido los copleros de la desgracia que le había ocurrido, y cantaron canciones improvisadas alusivas á la falta de su ojo, y al de cristal que se había colocado en su lugar, las que expresaban que con este último era con el que examinaba la justicia de los negocios que tenía que decidir, mientras que el natural lo empleaba con sumo cuidado para no poder engañarse en lo relativo al acrecentamiento de sus intereses.

Lo dicho se refiere al físico del señor duque; en cuanto á lo moral, era un hombre cortés, que sabía vivir, que tenía grandeza, poco talento é instrucción, pero mucha política y avaricia. Había ganado de cuenta y mitad con su madre, que vivía públicamente con Lassé, más de 250 millones.

Mostrando un día un paquete de acciones del Misisipi á Brancas, cuya codicia creía excitar de este modo: Monseñor, le dijo éste, una de las acciones de vuestro abuelo vale más que todas esas.

El abuelo de quien se trataba era el gran Condé.

El señor duque era muy apasionado, y había estado loco perdido por Mad. Nesle, que puso en su lugar al príncipe de Soubise, de cuyas resultas se puso desesperado en términos de que llegaron los rumores á oídos del nuevo amante.

¿ De qué diablos se queja el señor de Borbón, dijo el príncipe de Soubise, puesto que he dado licencia á Mad. de Nesle que duerma con él cuando se le antoje?

No consoló este permiso al señor duque, y fué nece-

sario todo el amor que le inspiró Mad. de Prie para que olvidase el que le había inspirado Mad. de Nesle.

El duque de Borbón estaba casado por autoridad de Luis XIV, quien dispuso un día el matrimonio del susodicho con la señorita de Conti, y el de Mr. de Conti con la hija primogénita de la señora duquesa: fué vivísima la oposición de ambas partes, pero inútil, porque harto sabido es que cuando Luis XIV quería una cosa, la quería de veras. Mandó como árbitro soberano, y Mad. de Conti, lo mismo que la duquesa, no tuvieron más recurso que bajar la cabeza, y someterse al real mandato. Sin embargo, le costó al rey la cantidad de 500,000 libras, 150,000 que dió á cada uno de los príncipes, y 100,000 á cada princesa.

Antes de la unión de sus respectivos hijos, se aborrecían ambas princesas; mas después de haberse verificado llegaron á execrarse.

Algunas canciones de la señora duquesa en contestación á algunos insultos de la señora princesa de Conti dan testimonio de este odio.

La señora duquesa se embriagaba; esta era una costumbre adoptada por las princesas de la corte de Luis XIV. Mad. de Conti la llamaba *Pellejo de vino*.

Madama la duquesa contestó con su respuesta acostumbrada, esto es, con una canción, en la que usando de la mordacidad acostumbrada, le preguntaba á la de Conti, porqué la tomaba con ella cuando no le había quitado ninguno de los guardias del rey que le servían de amantes: que no valía tanto como el vino que ella bebía la bajeza de sus inclinaciones; y añadía que su carácter se había hecho insufrible á medida que la vejez le había hecho perder el mérito, y que le hacían todos ya poco caso por lo raso que se había quedado su pecho, diciéndole además, que los

desprecios que había sufrido de Cominges y Clermont, debían hacerla ya más modesta.

Además, para devolver á su prima el cumplimiento completo, le había puesto el nombre de *Saco de andrajos*.

Inútil es decir que Cominges había dejado á Mad. de Conti, la cual puso á Clermont en su lugar.

Por lo demás, la duquesa era conocida por estro cancionero, y este estro que hacía las delicias de Luis XIV, era el terror de cuantos rodeaban á la señora duquesa. Cada cual tenía en la corte su canción; Dangeau tenía la suya, Mr. de Beauveau tenía otra, la misma Mad. de Montespán tenía la suya particular que concluía con un extraño refrán que la insultaba y humillaba por su situación como querida del rey.

No era menos lógica la de Mr. de Beauveau, porque ha de advertirse que las canciones de la señora duquesa brillan por su rigurosa lógica, y que llevaba hasta el último extremo las deducciones.

En la copla de Mr. de Beauveau, haciendo un calembourg de su nombre, que significa *Hermosa ternera* comparándolo con Deveau, que significa ternera solamente, expresaba que si Deveau fuera más bonito y Beauveau no lo fuera tanto, éste nada sería, mientras el otro pudiera ser él becerro de oro.

Por lo demás, pretendía siempre la princesa Palatina que la señora duquesa no era hija de Luis XIV, sino del señor mariscal de Noailles, y ella aseguraba que lo sabía por un brigadier de guardias de corps, llamado Beltendorf, que estando de guardia en Versalles, había visto entrar á Mr. de Noailles en casa de Mad. de Montespán.

Habiendo entrado por la tarde Mr. de Noailles no

salió hasta por la mañana del día siguiente, y nueve meses después, día por día, decía siempre la princesa Palatina, parió Mad. de Montespán á la duquesa.

En la época en que estamos, los amores de las princesas eran los siguientes:

La duquesa de Borbón, despreciada por su marido, que vivía públicamente con Mad. de Prie, se consolaba por su parte con Duchayla.

La princesa de Conti, hija del rey, aunque medio devota, vivía con su sobrino La Valliere.

La joven princesa de Conti, á pesar de los celos y amenazas de su marido, se componía á medias con La Fare y con Clermont.

La señorita de Charolais perseguía al duque de Richelieu hasta en la Bastilla.

La señorita de Clermont era la querida del duque de Melun; la señorita de La Roche-sur-Yon, tenía una especie de pasión por Mr. de Marton.

En fin, Mad. de Maine, desde la conspiración Cellamare, honraba con sus favores al lindo cardenal de Polignac.

Ahora, antes de entregarnos al curso de los acontecimientos, diremos cuatro palabras acerca de los príncipes, á fin de que nuestros lectores queden tan enterados como es posible de la crónica escandalosa del año de gracia 1724, en que acabamos de entrar.

Hemos dicho del señor duque todo cuanto había que decir, sobre poco más ó menos, en cuanto á lo pasado.

Al principio de nuestro libro de la Regencia, consagramos un capítulo entero al señor príncipe de Conti.

Ahora casi no tenemos de que ocuparnos más que del famoso conde de Charolais, que mandó dar de puñaladas á uno de sus lacayos, porque su mujer no quiso ceder, y que mataba á escopetazos á los alba-

ñiles que cubrían los tejados, para tener el gusto de ver cómo rodaba un hombre desde lo alto á la calle.

Sabido es el dicho de Luis XV, con motivo de una chanza por este estilo.

— Por esta última vez os perdono, caballero, dijo al conde de Charolais; pero os empeño mi real palabra que el que os mate también gozará la misma ventaja.

El último atentado del conde de Charolais había tenido por cómplice á este mismo duque que acababa de ser nombrado primer ministro. Una mujer encantadora, llamada Mad. de San Sulpicio, fué la víctima. Una tarde, durante una bacanal, en que consintió, la embriagaron; y para que no faltase nada en la función, quemaron unos fuegos artificiales de cuyas resultas tuvo mucho que padecer la pobre mujer.

Una canción salió en aquel tiempo, que corrió por Paris, contra el duque de Borbón, al que se le decía en ella que en nada se parecía al gran Condé; porque á los treinta años de edad no había jamás visto el fuego, sino en la brecha de San Sulpicio; aludiendo á que se había prendido fuego á propósito con un petardo por diversión ó pasatiempo de un descendiente de los Condés al frontispicio de una cortesana muy bella, llamada la señora de San Sulpicio, la que tuvo bastante que padecer por la ridícula diversión del duque.

En cuanto al joven rey, que acababa de entrar en la mayoría, apenas aparentaba saber que era rey de Francia. Era tímido hasta el extremo de parecer desgarrado; reservado hasta llegar á ser descortés: el único placer que al parecer amaba apasionadamente era la caza; y la noche inmediata al día en que había una de estas partidas, había cena á que asistían, no todos los cazadores, sino aquellos que aparecían con-

vidados por una lista, que se leía al regreso del rey delante de todos los cortesanos, quedándose los convidados y retirándose los que no lo estaban. Uno de los caprichos de Luis XV, era el de dejar vacilantes á las personas cuanto más tiempo podía, complaciéndose en su inquietud y perplejidad.

El rey agregaba á la etiqueta de su abuelo, que había heredado, la distinción de diferentes entradas en sus aposentos. Estas eran las *entradas familiares*, las *grandes entradas*, las *primeras entradas* y las *entradas de la cámara*.

El que tenía las *entradas familiares*, iba hasta la cama del rey hallándose acostado y despierto. Todos los príncipes de la sangre, excepto Mr. de Conti, tenían esta prerrogativa, de que disfrutaban el obispo de Frejus, el duque de Charost, Mad. de Ventadour y la nodriza del rey.

Los primeros gentileshombres tenían las *entradas de la cámara* cuando el rey quería levantarse.

En las *primeras entradas*, se admitían á las personas únicamente para hacer la corte al rey cuando estaba levantado y con bata.

En fin, los cortesanos presentados tenían la *entrada de la cámara*, cuando el rey estaba sentado en su sillón frente á su tocador.

Por la noche, estas diversas entradas eran iguales en prerrogativas al acostarse el rey; solamente que los que se hallaban en la *cámara* tenían que salir cuando se decía en alta voz: SALID, SEÑORES. Entonces, habiendo salido de la cámara, el rey daba la palmatoria á uno de ellos.

Este era un gran favor, y el que le había logrado, no dejaba de correr al día siguiente toda la ciudad publicando á gritos:

— ¿Saben Vds. que el rey me ha dado la palmatoria? Este favor que recibía más particularmente que otros, el apuesto La Tremonille dió margen á ciertos rumores, á que prestaba cierta consistencia su timidez con las mujeres.

« En la corte, dice el mariscal de Villars, no se trata de otra cosa que de caza, juego y buena mesa; poco ó nada de galantería, porque el rey no ha fijado aun sus bellos ojos sobre objeto alguno. — Todas las damas están dispuestas; pero puede decirse que el rey no lo está. »

Estos rumores llegaron á oídos del señor de Fleury que para preservar la reputación de su discípulo bajo este concepto, hizo practicar las más prolijas diligencias contra los sospechosos de semejante vicio, á que se decía que el rey se mostraba inclinado. Con este motivo se formó causa pública contra un acusado llamado Duchauffour, que fué condenado á ser quemado en la plaza de Greve.

Causó mucho ruido la sentencia y el suplicio del delincuente que la mandó publicar en alta voz por las calles de París: de manera que para castigar un escándalo se causaba otro. Los pregoneros entraban hasta en los patios de las casas grandes y palacios. — También penetraron en el de Mad. de Condé.

— Madre mia, le preguntó su hija, ¿qué delito ha cometido ese hombre que están quemando en la plaza de Greve?

— Señorita, respondió la princesa, ha hecho moneda falsa.

La noche misma del día del suplicio, se quejaba el rey de la obstinada comezón que experimentaba en cierta parte en que no es decente rascarse delante de

gentes, y se proponía preguntar á su médico lo que esto quería decir.

— Sire, le respondió el príncipe de Conti: es el alma de ese pobre Duchauffour que os pide vuestras oraciones.